



II

La poesía.

POR qué lloras?, le preguntaban á un niño afligido; y el niño contestó:—“Porque cuando cierro los ojos, no veo nada.”

Lo mismo le pasa al señor Valera en esta polémica; se enfada conmigo porque cierra los ojos y no ve nada.

Pero sigamos:

Algunos socios del Ateneo, presididos por el señor Valera, han dado muerte verbalmente á la poesía, como la guillo-

tina puso fin materialmente á los pensamientos de Andrés Chénier.

Comprendo la guerra á los metafísicos y á los poetas por los que no tienen ni sentimientos ni ideas. Hacen bien en pedir que desaparezca la forma poética todos los que (con perdón sea dicho) no pueden ser admitidos en la sociedad de las musas, ni siquiera en clase de lacayos distinguidos. Pero el señor Valera, que es poeta siempre; y buen metafísico á ratos perdidos, es demasiado generoso al cubrir á sus apadrinados con su manto real de escritor incomparable, diciendo: "No se revuelva usted contra mí, porque yo disto mucho de contarme entre los que vaticinan con acento ominoso la próxima muerte de la poesía, por lo menos *en metro*. Yo he proclamado sólo en són de elogio su *inutilidad* sublime, así como la mayor inutilidad *de la metafísica*."

¡Qué falta de franqueza, mi querido Valera! Declárese usted vencido, y decídase á confesar que la metafísica es el alma de las obras literarias, y la forma poética su traje de los días de fiesta.

El que escribe bien en prosa no hace más que lo que debe; pero escribir bien en verso es realizar una maravilla.

El verso es un arte, y la prosa un oficio.

Los versos se agarran á la memoria de las gentes como los recuerdos de las personas queridas, y, sean aquéllos tristes ó alegres, son siempre inolvidables, como los sonidos de las campanas de nuestra aldea.

Horacio, que era un poeta más genial que grande, con su infinita gracia ha colgado las chucherías escépticas de sus pensamientos de las orejas de la humanidad, y siempre que escucho á algún prosista recitar sus sentencias rimadas, me parece que oigo decir al poeta latino: "Este es un prosista que por vanidad poética se pone aretes, como los salvajes del desierto."

Dice el señor Valera "que tiene más aficionados la prosa que el verso." Naturalmente; como que para apreciar lo segundo es menester entendimiento, y para lo primero basta con tener entenderas. La prosa se habla con la facili-

dad con que se hace uso del aire que se respira.

Pero pregunto al señor Valera: ¿Qué hay, no diré de común, pero ni siquiera de semejante, entre el arte de escribir versos y la función fisiológica de hablar en prosa?

En el artículo anterior habíamos quedado: primero, en que la prosa no es arte, pues es una operación material, como el canto del mirlo; segundo, en que el lenguaje sólo en el verso es un mecanismo perfecto.

En verso se suele escribir con perfección absoluta. En prosa sólo se puede escribir bien relativamente, sobre todo en un idioma como el español, en el cual la libertad de sintaxis raya en la anarquía. Decía Enrique Heine "que la poesía, traducida en prosa, es como un rayo de luz envuelto en paja".

La prosa es inmejorable cuando llega á ser, por lo menos, soportable. En la prosa nadie sabe del todo bien lo que dice, y á veces ni lo que se supone que se quiere decir. En los mejores prosistas la colocación de las palabras se hace por ca-

pricho, más bien que ajustándolas al orden lógico de los conceptos.

La prosa, que, además de carecer de conexión lógica, no tiene, como es muy común, ni ideas ni imágenes, queda reducida á un simple ruido con honores de gruñido.

La prosa es la cuesta abajo del arte; hoy los que pretenden hacer desaparecer la forma poética han condenado el ritmo; mañana suprimirán del todo la retórica; otro día la gramática, y acabarán por convertir la prosa en el léxico de la burra de Balaán.

Y llevando hasta el insulto el desprecio de la poesía, añade el señor Valera:

—“Pero, ¿no puede ser también que tal poeta lo sea porque no vale para lo útil ni para lo práctico, porque finge menospreciarlo no pudiendo alcanzarlo, como la zorra cuando deja las uvas que no están maduras? En este caso, el poeta es un infeliz, un ser lastimoso, que no vale para *sastre*, ni para *cavador*, ni para *peón de albañil*, ni para otro oficio, y se ha echado á poeta por no poder ser otra cosa.”

Dudo mucho que Virgilio, Horacio, Shakspeare y Calderón hayan sido poetas por no tener aptitud para ser unos destripaterrones. Pero, en último resultado, que se consuelen sus admiradores sabiendo, como yo sé, que los peores versos valen más que la mejor de las prosas, y que algún prosista acérrimo suele ser un poeta avergonzado de no haber podido servir ni para echar un par de herraduras al caballo Pegaso.

Habiendo asegurado yo que desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo no se ha escrito un solo verso de poeta, replica el Sr. Valera: —“Presumo que este aserto es chiste, paradoja ó humorada sin rima, y no me canso, ni canso á los lectores, citando, en contraposición á los versos que usted cita, versos tan buenos ó mejores de Quintana, de Cienfuegos, de Meléndez, de Jovellanos, de Gallego y de bastantes otros que han florecido después de Quevedo.”

¿Conque no me cita verso de poeta por no cansarse y no cansar á los lectores? Veo que no se puede luchar con el señor

Valera, porque, á falta de armas con que herir, apela á la estratagema *de la fuga*, y nunca puede ser herido. Vaya en paz en su retirada, y casi me alegro que haya renunciado á hacer la prueba, por ser muy peligrosa para nosotros dos, pues podría resultar que él, ó yo, como les sucede á la mayor parte de los críticos, no sabemos lo que es un buen verso. Ya indicó Horacio que es frecuente que califique versos quien no acertaría á decir en qué se diferencian los buenos de los malos, ni tal vez el verso de la prosa. Conque dejemos la cuestión sin resolver, por miedo á que el señor Valera y yo, y todos esos críticos que no saben ver la prosa en la poesía ni la poesía en la prosa, nos veamos precisados á repetir aquel diálogo tan conocido: “Usted y yo somos condiscípulos.—Pues ¿en qué universidad ha estudiado usted? ¿Yo? En ninguna.”

El señor Valera, empujado por su ángel bueno, que es un ángel casi más complaciente que el mío, corre á escape por esa senda de flores que siguen todos los que empiezan por jóvenes de lenguas, y en su vertiginosa carrera no se ha detenido

un solo instante á asomarse á esos abismos de dolores de la literatura moderna, y cree que todas las obras poéticas deben ser églogas de Dafnis y Cloe.

Juzgando al duque de Rivas, dice el señor Valera: "*La vuelta deseada* y *El sombrero* se parecen á ciertas leyendas extranjeras, como *Evangelina*, de Longfellow, y *Hernán y Dorotea*, de Goethe, y á esto que ahora llaman *Pequeños poemas*, si los pequeños poemas tuviesen más acción y menos tiquis-miquis filosóficos y archisentimentales."

Este ataque personal que me dirige el señor Valera lo entrego, en justa venganza, al juicio del público, para que éste vea que el señor Valera no se ha enterado todavía de lo que son *pequeños poemas*, pues los confunde lastimosamente con los *poemas pequeños*.

Todo pequeño poema ha de responder afirmativamente á estas tres preguntas: ¿Tiene naturalidad? ¿Tiene argumento? ¿Tiene objeto? Los poemas pequeños que cita el señor Valera, ¿tienen naturalidad? Supongo que sí. ¿Tienen argumento? Sí. ¿Tienen objeto? Creo que no.

Desengáñese el señor Valera: por más que se burle de mis pretensiones, de llevar la filosofía á la poesía, ya Lessing demostró que la obra del arte consiste en elevar lo individual á la categoría de lo general.

No son las formas momentáneas, sino las formas absolutas, las que aseguran la inmortalidad de las obras literarias.

En el arte se debe manifestar lo infinito por medio de lo finito, lo absoluto por medio de lo relativo, lo espiritual por medio de lo material, la forma-arquetipo ó inteligible por medio de la forma exterior y sensible; y no insisto en citar al señor Valera más opiniones de otros autores célebres en defensa del agravio que me ha inferido, porque no crea que yo me puedo ofender con él; pues además de quererle y admirarle mucho, ya le he dicho en otra ocasión que yo no presumo de poeta y que me contento con ser un humilde cosechero de esparto.

Por lo mismo que el género trascendental es difícil de comprender, hace mal el señor Valera en declararse partidario de Fernando VII, que condenaba á todos

los que tenían "la fatal manía de pensar."

Considero que el género trascendental es el enemigo natural de los tontos, pues éstos, satisfechos con la expresión material y exterior del lenguaje, no llegan á comprender nada del sentido íntimo y figurado. Estos benditos de Dios no tienen bastante malicia para presentir que lo que se calla suele ser más importante que lo que se dice. La buena fe de estos míopes literarios no se hace cargo de las frases subrayadas por el pensamiento, ni de los rodeos estratégicos que el autor hace para decir lo indecible, ni de los cambios de postura que inventa para llamar su atención. Los partidarios de la lelez literaria, ni saben leer entre líneas, ni entienden nada de lo sobrentendido, ni conocen jamás cuándo la procesión va por dentro.

Y después de probar la utilidad incontestable de la metafísica y de la poesía, en el artículo venidero llegaremos á saber, ó mejor dicho á ignorar, lo que es la ciencia moderna, que pretende *reemplazar* á la metafísica con una *ciencia más clara* y á la poesía con un *lenguaje más*

llano, contando, como cuenta, para esto, con muchos de los grandes sabiondos de la banca, de la literatura y de la política, que, según dice el señor Valera, pueden servir para *sastres, cavadores, albañiles*, y otros oficios, y que motejan á los poetas de *copleiros*, pareciéndose en este calificativo á los niños de aldea, necios y mal educados, que llaman al señor Obispo "el tío que confirma."

C.

